

# I

**T**ENGO UN AMIGO QUE, aunque todavía vive y aunque entre nosotros no suele ser habitual contar historias de gente viva, me ha consentido que cuente un caso que está relacionado con él para provecho y servicio de todos aquellos que son grandes necios; quizá puedan éstos sacar algún beneficio del relato.

Mi amigo, al que nosotros llamábamos Tiburius Kneight, posee ahora en esta parte de nuestra tierra la casa de campo más humilde que se pueda imaginar. Alrededor de su casa tiene las más esplendorosas flores y árboles frutales que uno pueda soñar. Su bella esposa es la mejor que pueda existir en el mundo. Viene conviviendo, de un tiempo a esta parte, con

esta mujer en su casa de labranza. Mantiene siempre una actitud alegre y jovial y todo el mundo le quiere. Parece que no hubiera cumplido aún los veintiséis años, aunque ya pasa de los cuarenta.

Todo esto que voy a contar aquí es ni más ni menos lo que le ha sucedido a mi amigo al atravesar el sencillo sendero de un bosque. Porque hay que advertir que el señor Tiburius, de joven, era un gran mentecato; y nadie que le hubiese conocido en aquel tiempo hubiese creído que él llegaría a tomar aquel sendero. Esta historia es, ciertamente, demasiado simple; y si yo la cuento es solo para que pueda serle útil a ciertos hombres equivocados y para que puedan extraer de ella alguna utilidad.

Si alguien que conozca nuestra patria y nuestras montañas llega a leer estas líneas, reconocerá muy pronto el sendero del bosque al que me estoy refiriendo. Podrá recordar entonces los sentimientos que surgen al atravesarlo. Pero, posiblemente, a nadie le habría hecho cambiar tanto algo así como al señor Tiburius Kneight.

Ya he dicho que mi amigo había sido de joven un gran necio. Situación a la que había llegado por múltiples causas. En primer lugar por su padre, que ya había sido un mentecato memorable. Eran muchos los que contaban a Tiburius diferentes historias sobre su padre; por mi parte, mencionaré solo una que —por

haber sido testigo de la misma— puedo acreditar. El padre de Tiburius Kneight tenía al principio muchos caballos que él mismo cuidaba, ensillaba y montaba. Como no estaba satisfecho con ellos y como los caballos no aprendían las instrucciones y entrenamientos que les inculcaba, echó al maestro de cuadras y vendió los animales a la décima parte de su precio. Eso para empezar. Vivió después durante todo un año en su dormitorio; dejaba allí siempre las cortinas echadas, de modo que sus débiles ojos pudieran reposar en la oscuridad. En cierta ocasión abrió la gaveta que había en un oscuro pasillo de madera —contiguo a su habitación— y, durante unos instantes, miró el camino de guijarros iluminado por el sol. Sí, no había duda: le dolían los ojos. La visión de la nieve, en particular, era para él absolutamente insoportable. Consideraciones más amplias que éstas no cabían en su mente. En el último periodo de esta fase de su vida puso en su ya oscurecida habitación un nuevo blindaje contra la ceguera y, transcurrido un año, empezó poco a poco a reñir a los médicos que le atendían. Los facultativos le recomendaban que se protegiera bien los ojos, pero él acumuló abominación e ignominia hacia toda la profesión médica, y decidió por su cuenta y riesgo que, en adelante, se trataría a sí mismo sin contar con ellos. Descorrió entonces las cortinas, abrió las ventanas y tiró abajo el pasillo de madera.

Así que, cuando el sol lucía especialmente cálido y radiante, se sentaba en el jardín sin sombrero, en medio del chorro de luz, y contemplaba el blanco muro de la casa. Fue así como padeció una inflamación en los ojos; sin embargo, cuando ésta pasó, el padre de Tiburius quedó curado.

Podría seguir mencionando todavía otras muchas historias, como por ejemplo la de los muchos años en que se dedicó, muy diligentemente y con mucho éxito, al comercio de lana; pero, de repente, abandonó este negocio sin dar ninguna explicación. Tuvo después gran cantidad de palomas, de cuyo cruce pretendía obtener plumajes de colores especiales; más tarde quiso crear una colección de cactus y... Cuento todas estas cosas para esclarecer el tipo de estirpe de la que desciende el señor Tiburius Kneight.

En segundo lugar, mencionaremos a su madre. Amaba a su hijo de un modo excesivo. Lo mantuvo siempre abrigado para que no se resfriase, no fuera a sobrevenirle una enfermedad que se lo arrebatara de su lado. Tiburius lucía siempre muy bellas camisetas de punto, medias y mangas; con sus bellas rayas rojas, aquellas camisetas le daban calor. Una modista, contratada a este efecto, se ocupaba todo el año del niño. Así que sobre su cama el muchacho tenía varias colchas de cuero; y almohadones, también de cuero. Su madre hizo instalar gruesas contraventa-

nas de madera en su dormitorio, para protegerle de este modo de las corrientes de aire. De su alimentación se ocupaba ella misma, y nunca permitió que la servidumbre se encargara de ello. Cuando ya fue más mayor y talludito, cuando empezó a salir con sus amigos, era ella misma quien elegía su ropa. Para ocupar su imaginación y que el chico no tuviese pensamientos indeseables, le traía ella toda clase de juguetes a casa, preocupada siempre de que el siguiente superase en belleza y esplendor al anterior. Pero el muchacho manifestó pronto un trastorno que nadie, ni siquiera su madre, hubiera podido imaginar: pronto abandonó el niño todos los artilugios y juegos propios de los muchachos; prefería siempre —y nadie pudo comprender semejante rareza— los juegos con que se entretenían las niñas. Por otra parte, se hacía constantemente con el calzador de su padre, lo envolvía en finos pañales e iba de un lado a otro abrazado a ese calzador así envuelto.

En tercer lugar estaba el encargado de la granja, quien también llegó a ser un necio inigualable. Se trataba de un hombre de apariencia normal, alguien que pretendía que todo se mantuviese en la normalidad, y ello tanto si le comportaba algún perjuicio como si no. A él no le preocupaba que el muchacho no se expresara con claridad y que utilizara imágenes un tanto confusas. Y eso ocurría porque aquel encar-

gado de la granja era de la opinión de que cada cosa debía ser expresada como a cada uno le fuera más útil, ni más ni menos.

Dado que el muchacho no podía expresarse ni como los niños ni como los escritores, a menudo hablaba como quien expide recetas médicas: cortas, enrevesadas, variopintas y de difícil comprensión. O bien guardaba silencio. O mezclaba todo en su cabeza, de manera que nadie pudiera enterarse de lo que decía. Detestaba todo conocimiento y aprendizaje, y sólo alcanzaba a comprender las largas y explícitas demostraciones acerca de la utilidad, el provecho y la excelencia de las ciencias —que tanto le atormentaban— que el granjero compartía con él. Cuando tras unos días de afanosa tarea quería expresar todo lo que había aprendido, lo único que conseguía era oscuridad y confusión. Y quienes le escuchaban solo percibían un poquito de lo esencial. Por si esto fuera poco, dado que el granjero no se había unido a ninguna mujer —siguiendo el ejemplo de Tácito—, permanecía durante mucho tiempo en la casa.

En cuarto y último lugar, cabe citar a su tío materno: un comerciante rico y soltero. De él hemos de decir que vivía en la ciudad, mientras que los padres del muchacho vivían fuera, en un terreno propio. Aunque los padres del chico eran bastante ricos, no por ello dejaban de esperar que su hijo obtuviera

también la herencia de aquel tío, algo que él mismo había confirmado con frecuencia. Quizá por ello, aquel tío materno decidió asumir la tarea de educar al muchacho. Se ciñó a la realidad práctica, explicándole con claridad —cuando salía de casa para visitar a su hermana, por ejemplo— lo que debía hacer para que los pantalones se le rompieran lo menos posible. Tiburius, sin embargo, nunca le hizo el menor caso.